

UNA APUESTA DE MUGARIK GABE POR LA ECONOMIA FEMINISTA¹

Economía es generar recursos para satisfacer necesidades y crear condiciones para una vida digna de ser vivida.

La economía feminista no pretende dar a conocer “lo mal que están las mujeres”. Al igual que en la cooperación se ha ido generando una evolución de los problemas del desarrollo, dando, en un primer momento en los años 80 y 90, a conocer la situación de las mujeres, “su mala situación”. Posteriormente hemos ido afrontando el reto de reivindicar los derechos que ellas, las mujeres, tienen por el mismo hecho de ser personas.

En esa semejanza, la economía feminista, lo que nos permite es realizar un análisis de la crisis centrado en comprender su impacto en las condiciones de vida de sujetos diferencialmente posicionados en el sistema socioeconómico. Así, “de la misma manera en que los sujetos ocupamos posiciones muy disímiles en el sistema, el impacto va a ser muy diverso y que, en la ausencia de fuertes mecanismos para evitarlo, la tendencia va a ir hacia la multiplicación de las desigualdades”.

Amaia Orozco coincide con nuestra visión de la crisis, viendo ésta como algo que afecta a muchas facetas de la vida y siendo una crisis acumulada, multidimensional. En definitiva una crisis sistémica (ecológica, reproductiva, de cuidados, de roles, de valores...económica y financiera). Por eso pone el acento, en que debemos estar atentas a esa “refundación del capitalismo” y no caer en buscar un capitalismo bueno, ya que es imposible encontrarlo.

Los aportes de la economía feminista han sido el ampliar la noción de “economía” y “trabajo” utilizada, ya que hasta ahora nos han hecho pensar que lo económico se reduce al análisis de los procesos de “producción” y distribución mercantil. Según Durán, si en el

¹ Extracto del trabajo de Amaia Orozco sobre “DIAGNOSTICO DE LA CRISIS y RESPUESTAS DESDE LA ECONOMIA FEMINISTA” en la Revista de Economía Crítica, nº9, primer semestre 2010, ISSN: 2013-5254

estado español hubiera que convertir en empleos a jornada completa las horas dedicadas a trabajo no remunerado, sería necesario crear un mínimo de 26,4 millones de empleo... ¡En un entorno en el que hoy día hay 18,6 millones de personas ocupadas en el mercado! (EPA IV trim. 2009). De ese tiempo de trabajo gratuito, el 83% lo realizan mujeres. Por eso desde la economía feminista se plantea utilizar el hogar como unidad analítica básica para la economía.

A nivel analítico hay muchas deficiencias, y entre ellas los sistemas de medición como el PIB, en relación al trabajo domestico o voluntario. A nivel político hay que romper el vinculo falso entre calidad de vida-capacidad de consumo-empleo y no pueden entenderse en ningún caso como un nexo directo ni inevitable, ya que está mediado por múltiples instituciones y esferas de actividad y es producto de una organización peculiar del sistema.

Cuando la vida no se considera un fin está amenazada por el capital. Esta lógica del capital es patriarcal y androcéntrica. El patriarcado contrapone la civilización a la naturaleza para dominar ésta. Lo humano es alejarse de las necesidades biológicas y trascender, de ahí que la regeneración de la vida sea considerada como algo de menor valor. El patriarcado pone en valor la autosuficiencia del hombre a través del mercado, invisibilizando el trabajo de cuidados, en definitiva despreciando lo inmanente, aquella acción que perdura en el interior, cuando la acción tiene su fin en ese mismo ser.

El capitalismo patriarcal pone el sentido último de lo económico (la vida) al servicio de un interés opuesto. Las esferas económicas invisibles (cuidado de la vida) precisamente se caracterizan por la falta de poder de sus agentes para convertir en colectivo y político el conflicto que absorben. Este sistema precisa de la desigualdad para permanecer a flote.

Estratégicamente, debemos pensar el sistema socioeconómico desde la perspectiva de los cuidados, aunque no sean el todo, pero sí que todas las personas los necesitamos en todos los momentos de nuestra vida, y están absolutamente atravesados por la desigualdad de género. Este modelo injusto capitalista enfrenta al "hombre campeón" (sin necesidades de cuidados) frente al rol asignado de mujer responsable y cuidadora. Ahora esto ya no

funciona, porque mucha gente llega a vieja, las mujeres han cambiado roles, y de ahí surgen los problemas de “conciliación” y atención a la dependencia.

Existe una falta de responsabilidad del cuidado de la vida por parte del estado y las empresas. Éstas con la flexibilización del trabajo, o convirtiendo los cuidados en negocio. El estado cubriendo servicios de cuidados pero con una privatización de lo público, mal pagado o con desigualdad en el acceso.

El hogar es responsable del cuidado y el hombre del hogar se desentiende, y así se da una doble redistribución intra-genero: por generación y por clase social y país de procedencia, creando la cadena global de cuidados. Pensar esta tendencia al cierre reaccionario de la crisis de los cuidados nos permite constatar con contundencia que la igualdad no es posible en los márgenes del sistema, y que el empleo como fuente de ingresos, derechos sociales y reconocimiento social para todas las personas no es posible.

El empleo (y, con él, la economía “real” o “productiva”, el supuesto capitalismo bueno) en ningún caso puede ser el horizonte de reivindicación, sino una forma de entender el trabajo y la economía al servicio del capital (del capitalismo patriarcal) a transformar integralmente. Y, sin embargo, es cierto que, hoy por hoy, un salario es imprescindible para vivir. Ahí está el quid de la cuestión, cómo luchamos contra el trabajo alienado cuando este trabajo es indispensable para (¿mal?) vivir.

Alternativas

Es urgente un debate ético y democrático (más difícil aún) sobre qué es vivir bien o buen vivir, ya que la respuesta al problema es política y no técnica.

Debemos hacer una lucha política para redefinir el vivir-bien como objetivo socioeconómico. Y, en un segundo momento, nos preguntaremos cómo conseguirlo. Este debate sobre qué es el vivir-bien pasa, en primera instancia, por un proceso de desintoxicación personal, porque el capitalismo, como dice M^a Jesús Izquierdo es droga pura, y nos tiene enganchadas/os, está incrustado en nuestra piel. El replanteamiento del

buen vivir se liga de manera nítida con las propuestas del decrecimiento y del “mejor con menos”. Es decir, con la idea de que tenemos que comenzar a vivir bajo criterios de austeridad.

Necesitamos igualmente reconocernos como sujetos eco-dependientes (no dueños de la naturaleza, sino parte dependiente de la misma) y socialmente interdependientes; nadie somos autosuficientes, nadie podemos vivir aisladamente comprando todo lo que necesitamos en el mercado gracias a nuestro salario (¡menos aún a nuestras rentas del capital o pensiones privadas!).

La apuesta de la economía feminista reivindica poner la sostenibilidad de la vida en el centro y entender la economía como los procesos de satisfacción de necesidades y generación de recursos precisos para el vivir-bien. El replanteamiento del buen vivir exige una revalorización de los cuidados y de la reproducción cotidiana de la vida.

Hacer del conflicto capital-vida una lucha política

Imprescindible denunciar la lógica de pensar que el proceso de valorización de capital estamos asegurando el proceso de sostenibilidad de la vida. Mostrar el conflicto capital-vida. La lucha por la conciliación es una manera de dejarnos robar un terreno especialmente fértil para mostrar el conflicto: si las personas supeditan sus ritmos y espacios vitales a las necesidades de la empresa, la vida está bajo amenaza. Los problemas de “conciliación” suponen vivir en lo más cotidiano los problemas de intentar compaginar los ritmos y necesidades de la vida con los ritmos y necesidades del capital. Identificar ese malestar, tremendo, generalizado de las mujeres, en términos estructurales y colectivos, y así habría una fuerza política enorme para cuestionar el sistema.

Construir otra lógica económica

Pensar en cómo recolocar los cuidados nos da pistas para replantear el conjunto del sistema, y dos son las vías de intervención que tenemos: Primero, limitar la posibilidad de que los cuidados funcionen bajo una lógica de acumulación, porque como ya hemos afirmado los cuidados mercantilizados actúan como un poderoso multiplicador de desigualdades ir más allá de los cuidados en sí y reivindicarlos como eje de un potente ejercicio redistributivo vía gasto y vía ingresos. Por un lado, incrementando el gasto social dirigido hacia la reproducción social y hacia la reducción del trabajo invisible (no pagado o mal pagado) de las mujeres en los hogares. Lo cual pasa por re-direccionar los planes anti-crisis hacia la puesta en marcha de infraestructuras públicas de cuidados de calidad y gestión directa (¡increíble que la revisión de la “ley de dependencia” transcurra por completo ajena al famoso PlanE!), y hacia la reversión del proceso privatizador de los sistemas educativos y sanitario, recuperando estándares de calidad, universalidad y gratuidad.

Democratizar el hogar para que los hombres se cuiden y sean autónomos (39% de los cuidados es para ellos)

Debates pendientes ¿qué hacer con los cuidados gratuitos? ¿queremos un estado fuerte o comunidad?

Apostar por la redistribución

La redistribución frente al delirio del crecimiento. La redistribución de todo: para poner a funcionar los recursos bajo otra lógica económica; para revertir desigualdades estructurales, de clase, pero también de género, de etnicidad y nacionalidad, de hegemonía global, de... Redistribución de TODOS los recursos y TODOS los trabajos sobre todo los no remunerados.

La redistribución de los trabajos tiene en la exigencia de la disminución de la jornada laboral sin pérdida de salario una de sus reivindicaciones clave.

Para ir cerrando...

La economía feminista tiene potentes contribuciones que hacer: recolocar la comprensión de lo económico y visibilizar el conflicto capital-vida. Tiene, además, fuertes nexos con la economía ecológica y con el ecologismo social como movimiento crítico. Y tiene la enorme potencia de encarnar todas estas cuestiones en lo más cotidiano y concreto de cada quien: el cuidado de los cuerpos y sus (des)afectos. No para quedarse ahí, sino para ir desde ahí mucho más allá, o mejor más acá: poner la vida en el centro para dar un vuelco a un sistema que desprecia la vida.